

Vida Religiosa y martirio en América Latina y el Caribe: de Medellín a nuestros días

Víctor Codina, SJ

Resumen

Desde Medellín la Vida Religiosa (VR) latinoamericana y caribeña cuenta con un numeroso martirologio, sobre todo de los años de dictaduras militares. Este martirio, diverso del martirio tradicional de los que mataban por odio a la fe, se ilumina desde la vida de Jesús: los mártires de América latina y el Caribe son, como Jesús, mártires por el Reino de Dios, que interpelan a la VR de América latina y el Caribe de hoy, que vive profundos procesos de cambio.

Desde Medellín a Vida Religiosa (VR) latinoamericana e caribenha conta com um numeroso martirologio, sobretudo, nos anos de ditaduras militares. Este martirio, diferente do martirio tradicional dos que matavam por ódio à fé se ilumina na vida de Jesus: Os mártires da América Latina e do Caribe são, como Jesus, mártires pelo Reino de Deus, e interpelam a VR da América Latina e do Caribe de hoje, que vive profundos processos de mudança.

1. TESTIGOS SANGRIENTOS

Domingo 23 de marzo de 1980, por la mañana. Me encontraba en España, participando en una Asamblea de Agentes de Pastoral, cuando uno de los participantes, un sacerdote amigo mío, me dice que en Bolivia han matado a un jesuita, cuyo nombre él no recordaba. Al mediodía la radio comunicaba la noticia: el jesuita Luis Espinal había sido asesinado en La Paz el sábado 22 y un campesino había encontrado su cuerpo lleno heridas en un basural a las afueras de La Paz.

En medio de la conmoción que me produjo la noticia comencé a recordar la estrecha relación que había tenido con Espinal. Un año más joven que yo de edad y de Vida Religiosa, él había ingresado en la Compañía de Jesús en 1949, habíamos sido compañeros durante toda la larga formación. Luis Espinal era un joven serio, muy responsable, algo tímido, muy sensible ante la realidad, artista y poeta, vitalista, alegre y con sentido del humor, amable y servicial con los compañeros, coherente y muy honrado, con una profunda vivencia cristiana espiritual, acompañada de un gran idealismo y un vivo sentido de la justicia.

Una vez acabados sus estudios humanísticos, filosóficos y teológicos y ordenado de sacerdote, se especializó en Medios de Comunicación Social en Bérgamo y desde

entonces los Medios (radio, televisión, cine, periodismo) serían su herramienta de trabajo apostólico, primero en España (donde sufrió en carne propia la censura de la dictadura franquista), y luego en Bolivia a donde llegó en 1968, el mismo año de la Asamblea de Medellín.

En Bolivia conoció de cerca la pobreza y la injusticia, vivió continuos cambios de gobiernos y sufrió bajo las dictaduras de Bánzer y Natusch Busch. Participó en una huelga de hambre con mujeres mineras para pedir una amnistía general, dirigió un periódico crítico de la realidad social y política, utilizó la radio, el cine, el periodismo para denunciar la injusticia, la violencia, la corrupción, la violación de los derechos humanos, la muerte. Un grupo de militares y paramilitares que preparaban el golpe de García Meza y no querían tener opositores, lo secuestró la noche del viernes 21 de marzo, lo torturó en el matadero y lo acribilló con 17 balas, dejado su cuerpo abandonado en un basural a las afueras de La Paz. A su entierro asistieron unas 70 mil personas, su tumba tiene siempre flores frescas, años más tarde el parlamento boliviano lo declaró mártir de la democracia. Muchas instituciones cívicas, sociales y educativas de Bolivia llevan hoy el nombre de Luis Espinal¹.

Todo el mundo lo tiene hoy por profeta, pero su profetismo nacía de una mística profunda. En la mesita de noche, junto a su cama se encontró, el Evangelio de Lucas abierto en el capítulo 23: Pilato condena a muerte a Jesús. Sus escritos todavía hoy se leen, especialmente sus *Oraciones a quemarropa*, de las que la más conocida es “Gastar la vida:”

Señor Jesucristo,
Nos da miedo gastar la vida.
Pero la vida Tú nos la has dado
para gastarla;
No se la puede economizar
en estéril egoísmo.

Gastar la vida
es trabajar
por los demás,
aunque no paguen,
hacer un favor al que no va a devolver;
Gastar la vida es lanzarse
aun al fracaso,
si hace falta, sin falsas prudencias;
es quemar las naves en bien del
prójimo.

Gastar la vida
no se hace con gestos ampulosos,
y falsa teatralidad.
La vida se da sencillamente,
sin publicidad,
como el agua de la vertiente,
como la madre da el pecho a su wawa
(hijito)
como el sudor humilde del
sembrador.

Hemos comenzado por Espinal para dar a la palabra mártir un rostro concreto. Pero junto a él hay numerosos religiosos y religiosas, de diversas Congregaciones en toda América Latina y el Caribe, especialmente en el Cono Sur y en Centroamérica, que en estos últimos 50 años han derramado su sangre martirial por el Reino de Dios y su justicia. Han sido místicos, profetas y mártires.

Pero esta Vida Religiosa martirial de América Latina se inscribe dentro de

todo el numerosísimo martirologio de América Latina y el Caribe, que abarca a obispos como Romero y Angelelli, a sacerdotes, catequistas, agentes de pastoral, líderes campesinos, indígenas, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, poblaciones enteras masacradas. Es una inmensa multitud que, como la del Apocalipsis, han blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero (Ap 7, 13-14). El martirio forma parte de la historia actual de la Iglesia de América Latina y el Caribe (y también de todo el Tercer Mundo).

El Documento de Aparecida reconoce el valor del testimonio martirial en América Latina y el Caribe:

“Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (DA 98).

En efecto, por el martirio, dice el Vaticano II, los discípulos de Cristo se hacen semejantes al Maestro que aceptó libremente su muerte para la salvación del mundo, asemejándose a Él en el derramamiento de su sangre. El martirio es considerado por la Iglesia como el supremo don y prueba mayor de la caridad, ya que nadie tiene mayor amor que el que da la vida por Cristo y por los hermanos (1 Jn 3, 16; Jn 15, 13) (LG 42).

El martirio pertenece a la esencia de la Iglesia santa y en afirmación de K. Rahner, gracias al martirio, la muerte humana siempre ambigua, se manifiesta como una muerte cristiana por la fe².

2. CONTEXTO HISTÓRICO DEL MARTIRIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Este martirologio latinoamericano no es casual, tiene su explicación histórica. La Iglesia latinoamericana y del Caribe que en el Concilio Vaticano II no había jugado un papel destacado, fuera de algunas notables excepciones como Hélder Cámara y Larraín, en Medellín (1968) recibe el Vaticano II de forma creativa, haciendo de él una relectura desde un Continente marcado por la pobreza y la injusticia, cuyo clamor llega hasta el cielo pidiendo liberación. Medellín fue un Pentecostés para América Latina y el Caribe, el comienzo de una toma de postura clara de toda la Iglesia contra la injusticia institucional y las estructuras de pecado y una apuesta por la liberación del pueblo para que, como en el Éxodo, pasase de situaciones inhumanas a situaciones más humanas y dignas. Y todo esto a la luz del Evangelio de Jesús.

No es casual que el año 1969, un año después de Medellín, el informe que Rockefeller envió al presidente Nixon luego de su viaje por América Latina, afirmase que en la situación de crisis que los países latinoamericanos y caribeños estaban atravesando, ya no se podía contar con la Iglesia, sino que únicamente podían fiarse de las Fuerzas Armadas para mantener el orden. A partir de entonces Estados Unidos crea en Panamá la tristemente célebre Escuela de las Américas, donde durante 25 años se formaron los dictadores y torturadores de toda América Latina y el Caribe. Gran parte de América comienza a vivir bajo la dictadura de la bota militar,

donde en nombre de la Doctrina de la Seguridad Nacional se violan derechos humanos, se suprimen libertades democráticas, se impone un régimen de terror con apresamientos, exilios, torturas y matanzas de todos los que son considerados enemigos de la Seguridad Nacional: sindicatos, partidos democráticos, universitarios, grupos de cristianos comprometidos... En este contexto son martirizados jóvenes, sindicalistas, campesinos, indígenas, miembros de comunidades de base, agentes pastorales y también numerosos religiosos y religiosas.

3. UN MARTIRIO DIFERENTE

Evidentemente no es la primera vez que la Iglesia sufre persecuciones y martirio. Los tres primeros siglos de la Iglesia naciente están marcados por la sangre martirial, por los hombres y mujeres que fueron víctimas de los leones en el coliseo romano o de la espada, del fuego y de los tormentos.

Pero estos martirios eran ordenados por el Imperio romano, por emperadores que se consideraban divinos y no soportaban que los cristianos afirmasen que sólo Jesús es el Señor y a él sólo hay que adorar y consiguientemente se negasen a ofrecer sacrificios al César. El imperio los consideró "ateos" porque no aceptaban al dios oficial del Imperio.

Tradicionalmente la Iglesia llama mártires a los que han sido violentamente muertos por odio a la fe cristiana (*in odium fidei*). Los mártires son los testigos de Jesucristo, los que dan testimonio de su fe con la vida y su sangre, los que han sido martirizados por los ene-

migos de la fe cristiana y de la Iglesia Católica.

En cambio, en América Latina y el Caribe estos martirios han sido ordinariamente decretados por gobiernos militares que se proclamaban cristianos, participaban de las celebraciones de la Iglesia, muchas veces comulgaban, se sentían defensores de la civilización cristiana occidental frente a las ideologías ateas del marxismo y comunismo. Dictadores, torturadores, ejércitos que masacran al pueblo indefenso, creían que estaban realizando una verdadera cruzada contra el mal y el ateísmo, que ellos defendían la religión cristiana, a la verdadera Iglesia.

En este sentido se comprende que no sólo los martirizadores sino amplios sectores de la sociedad y de la misma Iglesia latinoamericana y universal hayan interpretado estas muertes no en clave de martirio por la fe cristiana sino en clave meramente política: no son mártires, murieron por meterse en política, por ser comunistas, guerrilleros, apartándose del Evangelio de Jesús y de la Iglesia. No son -afirman estos sectores eclesiales- como los mártires tradicionales que morían por defender la fe cristiana o por defender dogmas de la Iglesia: estos catequistas, sacerdotes, religiosos y obispos asesinados han muerto por haberse inmiscuido en política, desviándose de su misión religiosa.

Sin embargo, el pueblo latinoamericano y caribeño hoy los considera mártires y venera con devoción su recuerdo, pone flores a sus tumbas: Ita y las religiosas de Maryknoll violadas y asesinadas en El Salvador, la hermana Alice Domon tor-

turada y desaparecida en Argentina en 1977, Ellacuría y sus compañeros jesuitas asesinados en la UCA de San Salvador en 1989, la hermana Dorothy martirizada recientemente en Brasil por defender a los indígenas y sus tierras mientras leía las bienaventuranzas, los religiosos de los Sagrados Corazones martirizados como tantos otros en Guatemala, los jóvenes palotinos asesinados en Buenos Aires, el Hermanito del Evangelio -de la familia religiosa de Foucauld- desaparecido en Argentina, el oblato Mauricio Lefévre muerto mientras auxiliaba a los heridos de la dictadura de Bánzer en Bolivia, y religiosas y religiosos de diversas congregaciones martirizados en Brasil, Colombia, México, Centroamérica, Cono Sur, el Caribe...

¿Fueron todos ellos y ellas realmente unos ingenuos, incautos, un instrumento útil de intereses políticos? ¿Cómo juzgar este martirio, concretamente de los religiosos y religiosas de América Latina y el Caribe? ¿Se trata de personas que han sido víctimas de las ideologías políticas, de las modas filomarxistas de aquellos años, que cayeron en una peligrosa secularización de la vida religiosa, que se desviaron de su misión y fueron infieles al Evangelio?...

4. JESÚS EL TESTIGO FIEL (AP 1, 5)

Para iluminar esta oscura situación nada mejor que acudir a los Evangelios. Jesús murió no sólo bajo la acusación de blasfemo, por parte de la teocracia religiosa de Israel (sacerdotes, escribas y fariseos), sino acusado también de sedicioso, revoltoso y guerrillero, con pretensiones de hacerse rey, por parte del Imperio Romano, de la Pax Romana.

El mismo título de la cruz que mandó escribir Pilatos, “Jesús de Nazaret rey de los judíos”, denuncia claramente el motivo de su crucifixión.

En realidad Jesús no fue blasfemo ni sedicioso, ni tampoco murió para satisfacer el deseo vengativo del Padre de aplacar su ira con la sangre de su Hijo-Jesús, como algunas teologías satisfaccionistas nos han hecho creer. Jesús muere crucificado como consecuencia de sus opciones históricas, muere en cruz por anunciar la cercanía del Reino de Dios, un Reino de justicia y solidaridad, que tiene su predilección por los pobres, víctimas de la injusticia y los primeros destinatarios de este Reino de Dios; un Reino de compasión, de perdón y de comunión, simbolizado en el banquete mesiánico en el que nadie pasa hambre, en el que todos/as comparten solidariamente y los pobres son los primeros invitados.

Esto exaspera a los poderosos de su tiempo. Muere por haber expulsado a los vendedores del templo en un gesto profético que denunciaba la hipocresía y perversión del sistema religioso imperante en Israel, alejado del Éxodo y de la Alianza (Mc 11, 15-19). Jesús muere por revelarnos el rostro de su Padre que es bueno, clemente y lleno de misericordia, como el padre del hijo pródigo. Jesús muere porque en las tentaciones del desierto escogió el camino de un mesianismo sencillo, pobre y solidario, frente a la tentación fácil del mesianismo de poder social y prestigio religioso que el enemigo le ofrecía. Frente a esta seducción demoníaca, Jesús eligió el camino de los profetas y del Siervo de Yahvé, de fidelidad al Padre y a la

Palabra de Dios.

Por esto murió no de muerte natural, sino ajusticiado, crucificado, como un malhechor y con dos malhechores a su lado. Su vida fue una pro-existencia al servicio de la humanidad y en fidelidad amorosa y obediente al Padre y al Reino, por la salvación del mundo. Y todo ello por la unción del Espíritu que recibió en el bautismo, que le condujo al desierto y le guió durante toda su vida.

El Reino de Dios que Jesús anunciaba era ciertamente algo que cada uno debe recibir personalmente con una conversión de corazón, es también algo cuya plenitud escatológica se manifiesta en la vida eterna, pero es un Reino que comienza ya en la historia presente, que está ya en lo germinal, es una tensión entre el “ya sí” y el “todavía no”.

Por esto el que los ciegos vean, los sordos oigan, los tullidos caminen, los leprosos sean sanados, los demonios expulsados y los muertos resuciten... son señales de la presencia del Reino ya aquí (Lc 7, 18-23; 11,19). El Reino de Dios es un Reino de vida plena.

Pero este Reino de vida entra en conflicto duélico con los dioses de este mundo, con los ídolos de muerte que mienten, asesinan y matan (Jn 8, 44). En esta lucha, Jesús muere víctima de los dioses de la muerte, de la teocracia judía y de la Pax Romana, que piden su crucifixión. Jesús muere porque estorba, porque ataca a los dirigentes religiosos y opresores sociales y políticos, porque defiende a los pobres, porque los ama con el amor del Padre. El Dios que Jesús revela no es el dios de Caifás

ni el dios de Pilato: es el Padre, su Padre y Padre de toda la humanidad.

Pero como el Siervo de Yahvé es fuente de salvación y de luz para el pueblo, la muerte de Jesús es salvífica y el Padre le resucita para mostrar que el amor es más fuerte que la muerte y que Jesús había tenido razón al escoger el camino del mesianismo profético y pobre. La última palabra no es la de Pilato, ni la de Herodes, ni la de Caifás, sino la del Padre que, a través del Espíritu Señor y dador de vida, le resucita y le exalta como Señor.

5. MÁRTIRES POR EL REINO

Desde aquí se pueden comprender los mártires latinoamericanos y caribeños, su Vida Religiosa martirial. No murieron por defender un dogma de la fe de la Iglesia, sino por defender como Jesús el Reino de Dios y su justicia, por ser coherentes con la opción por los pobres, implícita en la fe cristológica (Benedicto XVI), por defender los valores y derechos humanos, por denunciar la injusticia, la violencia, la corrupción y la mentira. Son mártires “jesuánicos”, como acostumbra a decir Jon Sobrino³: son los mártires que mueren como Jesús y por las mismas razones que Jesús, por la causa de Jesús, por el Reino de Dios. El concepto clásico de martirio, morir por odio a la fe, debe ampliarse e historizarse: también son mártires los/as que mueren por odio a la justicia.

Los que mataron a estos religiosos y religiosas y a los demás mártires latinoamericanos y caribeños, afirmaban defender la civilización cristiana occidental, pero en realidad lo que defen-

dían eran sus privilegios y los intereses de las minorías oligárquicas que de siglos oprimen al pueblo pobre e indígena de este Continente. También los sacerdotes y los representantes de la teocracia judía decían que defendían el Templo y la Religión, pero lo que defendían eran sus privilegios económicos y políticos. Pilato por lo menos era más sincero, quería defender su puesto y su amistad con el César. Pero el Imperio tampoco toleró a quien cuestionaba radicalmente el sistema global romano y sus valores antihumanos.

Lo que se esconde en esta problemática es la necesidad de discernir qué imagen de Dios tenemos y vivimos. No basta decir que creemos en Dios, hay que clarificar en qué Dios creemos. ¿En el Dios omnipotente, justiciero, que busca sacrificios, violento, insolidario, insensible al dolor de las víctimas, que quiere que unos abunden en bienes y otros sean pobres y sufran, que mantiene el desorden como algo querido por su providencia para luego premiar a los que sufren en este mundo... o creemos en el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, clemente y compasivo, cuyas entrañas se enternecen ante el sufrimiento humano, que escucha el clamor y las lágrimas del pueblo y quiere su liberación, porque desea vida en abundancia para todos/as, comenzando por lo mínimo, que todos/as tengan ya en este mundo una vida digna y humana? Este es el Dios que nos reveló Jesús no sólo con sus palabras sino con su vida y su muerte, siempre bajo la fuerza del Espíritu⁴. ¿Creemos en el Dios de Somoza, Pinochet, Bánzer, Strössner, Videla, D'Abuisson, Castelo Branco, Trujillo, Duvalier, Reagan, Bush, en el Dios de los

latifundistas, del FMI, de Davos...? ¿O en el Dios Padre de Jesús de Nazaret?

La VR mártir de América Latina y el Caribe escuchó el clamor del pueblo, sintió que se le conmovían las entrañas ante el sufrimiento de tantas víctimas inocentes provocado por los poderes económicos, políticos y militares que se proclamaban cristianos, se identificó con el pueblo crucificado y quiso bajarlo de la cruz, denunció los falsos dioses de muerte, la perversidad del sistema del Imperio de turno, anunció el Dios de la vida y de los pobres, el misterio de Jesús de Nazaret y la Iglesia de los pobres.

Por esto fueron perseguidos/as, apresados/as, torturados/as, eliminados/as, eran un estorbo a sus planes de dominación, cuestionaban el sistema occidental que se llamaba cristiano pero que en realidad era y es totalmente pagano e idolátrico, excluyente y marginador de la grandes mayorías. Son mártires del Reino de Dios, como Jesús de Nazaret.

6. LECCIONES DE LA HISTORIA DE LA VIDA RELIGIOSA

Para muchos cristianos la VR debe vivir alejada del mundo y de la política, dedicarse a la sola contemplación, es "*fuga mundi*", busca sólo la salvación y perfección personal, pensar únicamente en el Reino de los cielos y por esto huye al desierto, se encierra en conventos, rodeados de muros y clausura...

Esta imagen es una caricatura de la verdadera VR. Ni siquiera la vida monástica que vivía en el desierto estaba alejada de los problemas de su mundo y de su

Iglesia. Si los monjes y monjas fueron al desierto fue como protesta profética y denuncia de una Iglesia que con el giro constantiniano, al cesar las persecuciones y convertirse en la religión oficial del Imperio, se había establecido e instalado en el poder. Los monjes querían ser los sucesores de los mártires, con una forma de martirio incruento a través de una vida de trabajo, ascesis, oración y consagración a Dios. La historia nos enseña que los monasterios medievales fueron centros de humanización, de cultura y de pacificación en medio de un mundo caótico y violento.

La VR apostólica siempre fue una respuesta a las necesidades de su tiempo: pobreza, enfermedad, ignorancia, deshumanización, injusticia, subdesarrollo, ignorancia religiosa. El anuncio del Evangelio del Reino estuvo siempre unido a la praxis de la justicia y de la diaconía con los pobres.

La VR ha sido definida siempre como un seguimiento especialmente significativo de Jesús, la *“secuela Jesu”* (PC 2) y este seguimiento del Señor es el que ha ido llevando a los religiosos y religiosas, a lo largo de la historia, a ser testigos del Reino en las más diversas circunstancias históricas y culturales.

Es totalmente coherente que la Vida Religiosa latinoamericana y caribeña, ante la situación de pobreza y de injusticia inhumana que reina en el Continente, haya tomado una postura claramente profética al servicio de la justicia y de los pobres.

Precisamente desde Medellín (1968) la VR ha tomado conciencia de la grave

situación de injusticia del Continente y ha comenzado en América Latina y el Caribe un éxodo de la Vida Religiosa a las periferias, hacia el margen, hacia los últimos, hacia los/as excluidos/as de la sociedad y muchas veces de la misma institución eclesial. Así nació la llamada VR “inserta”, que la CLAR desde el comienzo animó, estimuló y acompañó. Hay que decir en honor a la verdad, que fueron sobre todo las religiosas las primeras que valientemente iniciaron esta aventura y las más numerosas que todavía hoy viven insertas en medio pobres.

No fue un mero éxodo geográfico, sino social, cultural, espiritual, teológico y eclesial, un cambio de lugar social y teológico. Desde los barrios periféricos de las grandes ciudades, desde la vida con campesinos, indígenas, mineros, desplazados, pescadores, afroamericanos... la VR sintió de cerca la pobreza del pueblo, su vida amenazada, el sufrimiento de las mujeres, la injusticia del sistema económico y político, la falta de libertad provocada por las dictaduras que se profesaban cristianas, los problemas de salud, vivienda, educación, infraestructura, la marginación de la gran mayoría del pueblo.

Esta experiencia no fue algo puramente sociológico, político o humanitario, sino que se convirtió en fuente de una profunda experiencia espiritual: en este pueblo pobre se prolongaba la pasión de Jesús, esos rostros maltratados eran el rostro del Crucificado, estos pobres eran el objeto de las bienaventuranzas, eran los predilectos del Reino que Jesús anunció y estos pobres, en medio de sus sufrimientos y también de sus limi-

taciones y pecados, transmitían, como el Siervo de Yahvé, una luz misteriosa que iluminaba el evangelio, los pobres evangelizaban a la misma VR.

Desde esta experiencia vital se comprende mejor lo que es el pecado del mundo, la injusticia reinante, las estructuras de pecado de las que hablaba Medellín, la necesidad de un compromiso por la justicia y de una opción por los pobres, la necesidad de denunciar esta situación de pecado, de revelar el verdadero rostro de Dios.

También desde esta VR inserta se comprendió mejor el sentido de la VR en la Iglesia: una vida mística y profética, en un seguimiento significativo de Jesús de Nazaret, donde votos, renunciaciones, vida comunitaria y espiritualidad adquieren una nueva connotación a la luz del Reino. Desde esta cercanía al pueblo pobre también se comprendieron mejor los carismas fundacionales de cada instituto, nacidos mayoritariamente para servir a los más pobres.

En este contexto se explica que en América Latina y el Caribe la VR en muchos casos haya llevado el seguimiento de Jesús y su Reino hasta el martirio. No ha sido un desvío de su vocación o de su misión, no ha sido una “recaída secularizante” como algunos sectores de la Iglesia todavía hoy piensan, no ha sido infiltración marxista, ni ingenuidad juvenil sino consecuencia madura de una opción por los pobres en seguimiento de Jesús, una búsqueda del Reino de Dios y de su justicia, un tomar en serio hasta las últimas consecuencias el compromiso por un carisma fundacional y por una VR que ha de ser siempre mística y

profética, o mejor, místico-profética.

7. INTERPELACIONES Y DESAFÍOS

El ejemplo de estos hermanos y hermanas nuestros mártires, que han ofrendado su vida por el Reino de Dios en América Latina y el Caribe son una interpelación para toda la VR y para toda la Iglesia. ¿Somos legítimos/as compañeros/as y sucesores/as de estos y estas mártires, somos consecuentes con su ejemplo, somos pro-seguidores de su vida? ¿Continuamos viviendo sus opciones, su radicalidad, su testimonio martirial?

Hoy las circunstancias han cambiado, ya no existen regímenes militares en América Latina y el Caribe, vivimos en democracia, pero subsisten y han aumentado las desigualdades, las injusticias, la exclusión de las grandes mayorías. En varios países latinoamericanos hay intentos de revertir esta situación injusta y de cambio social, en medio de dificultades, dolores de parto y errores. ¿Qué postura toma la VR ante estas situaciones de cambio? ¿Tiene miedo al cambio, difunde y exagera los errores reales de los dirigentes populares y se alinea a los grupos opositores formados por los sectores hegemónicos de la sociedad, que buscan siempre el respaldo y la bendición de la Iglesia? ¿O prefiere acompañar críticamente al pueblo en estos cambios sociales que se orientan en la dirección del Reino, aun sabiendo que la cizaña se mezcla ordinariamente con el trigo y que hay que tener paciencia para no arrancar el trigo junto con la cizaña?

No basta recordar anualmente el martirio de nuestros hermanos y hermanas,

como se suele hacer en muchos lugares. Hay que seguir soñando con ellos/as y como ellos/as, hay que aprender de ellos a “gastar la vida por los demás” (L. Espinal). Como Jesús y por las mismas razones que Jesús.

Notas

¹ CODINA V., *L.Espinal: Gastar la vida por los demás*, Cristianisme i justícia, Barcelona 1995.

² RAHNER, K., VORGRIMLER, H., *Diccionario teológico*, Barcelona 1966, 411.

³ SOBRINO, J., *Los mártires jesuánicos en el Tercer mundo*, en *Revista Latinoamericana de Teología*, n. 48, septiembre-diciembre 1999, p. 237-255; *De una teología de la liberación a una teología del martirio*, en COMBLIN, J., GONZÁLEZ FAUS, JI, SOBRINO, J., *Cambio social y pensamiento cristiano en América latina*, Madrid 1993, p. 101-121.

⁴ MARDONES, JM., *Matar a nuestros idolos: Un Dios para un creyente adulto*, Madrid 2006.

